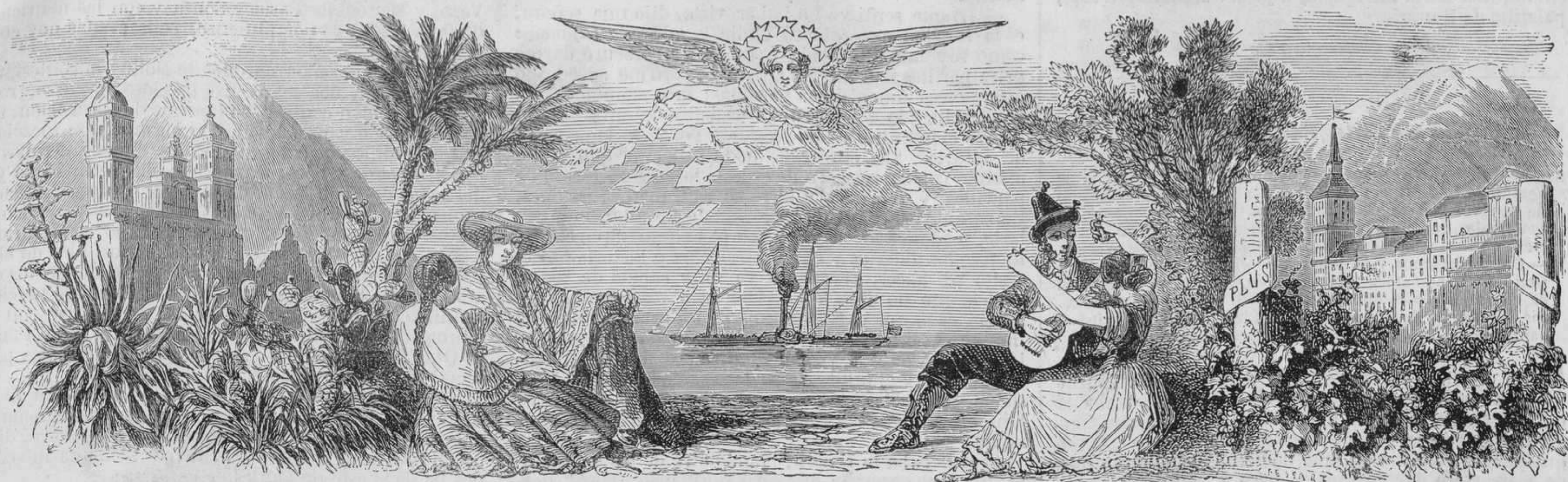


# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1857. — Tomo X.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, nº 10 en Paris

Año 16. — Nº 238.

## SUMARIO.

El archiduque Fernando Maximiliano de Austria y la princesa Carlota de Bélgica; grabado. — Revista Española. — La casa donde vivió. — Exposicion de bellas artes de 1857; grabados. — Revista de Paris. — Exposicion artistica de Manchester; grabado. — Dalia. — Bautismo del gran duque Sergio Alejandro-

vitch; grabado. — Julio; grabados. — Discursos pronunciados en la Academia española. — Boletin científico. — Los sombreros panamás; grabados.

Publicamos en esta página los retratos de S. A. I. el archiduque Fernando-Maximiliano-José de Austria y de S. A. R. la princesa María-Carlota-Amelia-Augusta-Victoria-Clementina-Leopoldina, hija de S. M. Leopoldo I,

rey de los belgas, cuyo matrimonio se ha de celebrar en Bruselas el 26 de julio. El archiduque Fernando-Maximiliano, hermano del emperador Francisco José, nació el 6 de julio de 1832. Es comandante en jefe de la marina imperial, con el grado de contra-almirante, propietario del regimiento de los hulanos austriacos nº 8, y comandante del tercer regimiento de dragones prusianos. Despues de su matrimonio el príncipe tomará posesion del gobierno del Lombardo Veneto, y es probable que el emperador de Austria le confiera el título de virey.

La princesa Carlota de Bélgica, la niña mas joven del



S. A. I. el archiduque Fernando Maximiliano de Austria y S. A. R. la princesa Carlota de Bélgica,

rey Leopoldo y de la reina Luisa María de Orleans, nació el 7 de junio de 1840; por consiguiente tiene diez y siete años.

Su matrimonio con el archiduque Fernando estrechará mas aun los lazos de intimidad que existen entre las familias reinantes de Bélgica y de Austria desde que S. A. R. el duque de Brabante se casó con S. A. R. la archiduquesa María Enriqueta, hija del archiduque José, palatino de Hungría.

L. H.

### Revista Española.

San Antonio y las verbenas. — El Córpus de antaño y el de ogaño. — Las Minervas. — La Santa Infancia. — Regalo de S. M. á la Virgen de Monserrat. — Recepciones en las Academias Española y de la Historia. — TEATROS. PRÍNCIPE. — El magnetizador La Roche Lambert y sus gracias. — Circo. Estrenos y beneficios. — Mala suerte de la ZARZUELA. — VARIEDADES, abundante en billetes. — Porqué no se ha concluido el mundo en Madrid. — Viaje de S. S. AA. los duques de Montpensier. — Salida de S. M. la Reina al santuario de Atocha. — Calor y expediciones de baños.

«¿Y ha visto Vd. ya este mes lo que escribe Manzanares á sus cólegas americanos?» me preguntaba la otra noche cierto amigo mio en la amena tertulia donde hacemos ó perdemos tiempo diariamente. — ¿Cómo quiere Vd., contesté yo, que nadie haya tenido humor de acercarse á dar noticias al flaco y entrapajado rio con las estemporáneas lluvias y los frios desusados, que volviendo á echarnos encima las ropas del invierno han convertido á junio en parodia de noviembre? De manera que aquí me tiene Vd. á mí sin saber qué noticias he de echar á volar en la próxima revista.

— No te dé pena, exclamó otro tertuliente, pequenuelo y vivaracho, parecido al miércoles en estar siempre en medio y á los perros en meterse en todas partes; nosotros, y principalmente yo, que todo lo sabemos, te vamos á hacer un artículo de perlas en medio santiamen, que en uno cualquiera lo haría. Con solo hablar de las funciones populares que saca á relucir el ciudadano junio por la corte y sus contornos, tienes asunto para llenar veinte revistas cuando menos. ¡Las verbenas! ¡Qué animada colección te ofrecen de cuadros de costumbres! Dirige tus ojos á San Antonio de la Florida y verás allí el día 13 una próroga de las campestres delicias de San Isidro. Las mismas rosquillas, los mismos bollos, que por falta de comprador compiten en dureza con el corazón de un casero; las ánforas de leche de las Navas, protectoras de los médicos, á quienes proporcionan ocasiones de lucirse con los cólicos que encierran en su seno: los frasquillos de aguardiente bautizados con pintura y vendidos con agenos títulos; los carros de vino cercados de mosquitos en forma humana y las alegres modistillas con frescos trajes de verano: ahí tienes lo que es comun á la célebre romería y á la primera verbenas. Únicamente la blanca flor que pinta de amarillo las narices que se acercan á olerla es, al mismo tiempo que símbolo de inocencia en las manos de San Antonio, adorno peculiar de su verbenas.

¿No te parece sentir al hablar de las noches de San Juan y de San Pedro el asqueroso tufo del aceite que hace estornudar á los mismos árboles del Prado? Entre las llamas de varios montones de leña, que arden acá y allá, mécese los calderos que exhalan aquel aroma, mientras en ellos se guisa y esponja el ténue buñuelo. Imposible que falten por allí cerca los imprescindibles buffets de ennegrecido pino destinados á la venta del aguardiente de colores: miralos cubiertos con las sábanas y colchas de las camas servir de orla á la fuente de las Cuatro Estaciones, y extenderse en batalla por el Campo de la Lealtad, y por el frente del Museo de Pinturas. ¡Qué alegría por allí! ¡Qué de zánganos por las calles! Mas á pesar de tanto como se ha escrito sobre la noche y la mañana de San Juan, á pesad de las brillantes descripciones de comedias y romanceros, creo á lo sumo que podrían muy bien divertirse los que *in illo tempore* enramaban con oriferas guirnaldas las rejas de sus novias al son de alogres seguidillas y las que tendido el cabello y con un pié desnudo dentro del agua esperaban á que en la calle pronunciasen el nombre del que en el año había de ser su marido; pero no comprendo la diversion de esas cuadrillas de gahnápiros que pasan las horas destinadas al sueño ahullando por Madrid gniarra en mano. De cualquier modo, lo cierto es, que tan regocijada costumbre no se perderá jamás. El Evangelio lo dice: *en su nacimiento se alegrará el mundo.*

— Bastantes otras se han perdido: dijo otro interlocutor que la echaba de muy español: ahí tienen Vds. la funcion del *Corpus*, por ejemplo, que no es, ni con mucho, lo que antes era. Verdad que se cuelgan los toldos y se fijan en tierra los *espárragos* y sale la procesion, compuesta de curas, soldados y niños del hospicio, pero ¿dónde están aquellos honrados ciudadanos que tenían un frac de piston y un sombrero de color de plata destinados exclusivamente para tales dias? ¿dónde las horribles mantillas blancas que hacian parecer nevada la carrera? ¿dónde el bullicioso alarde de elegancia en la calle de Carretas, hoy reducida únicamente á prensa de personas? ¡Qué mas! las tropas que echaban en tierra las armas al pasar delante de ellos el Rey de los reyes, ahora tambien descubren la cabeza y doblan la rodilla, pero conservan erguidos los fusiles delante del que consiente que los tengan en la mano.

— Y de las procesiones de *Minerva* ¿qué se podrá decir? pregunté.

— Poca cosa; respondió el pequenuelo que habia hablado primeramente; con decir que hubo mucha gente á verlas, que llevaban muchas músicas y muchas flores, y que los cofrades están bastante feos con sus mantos de encendidos matices, has llenado tu mision á maravilla.

— Lo que sentí yo no haber visto, dijo una señora, es la funcion que celebró el día 2 *la Santa Infancia*: como soy tan aficionada á los niños, procuré darme prisa por llegar á Atocha á tiempo, pero me sucedió lo que á otras muchísimas personas: que cuando estaba en el principio del paseo ya acababa de entrar en la iglesia el infantil cortejo presidido por S. A. la princesa de Asturias. Sin embargo, pude observar que habia asistido copioso número de espectadores y no escaso de párvulos, y que unos y otros se retiraban satisfechos. En cambio estuve en la procesion de los altares en Palacio, y admiré los magníficos tapices que cubren con tal motivo las galerías y cuya descripcion é historia no necesita Vd hacer, porque es ya muy sabida de todos. Pero lo que no debe Vd. olvidar entre estas fiestas religiosas, es la que se celebró uno de los primeros dias del mes en el santuario de Monserrat en Cataluña, con objeto de ofrecer á la Virgen el precioso manto, la azucena de oro y el alfiler de perlas regalados por S. M. la Reina. Segun los periódicos, habian salido de Barcelona multitud de familias para asistir á aquella solemnidad.

Aquí llegaba la señora, cuando otro de los tertuliantes me hizo observar que seria muy justo referir despues de estas funciones populares los ejercicios bélicos ejecutados por el regimiento de Ingenieros delante del rey en el real sitio de Aranjuez. Refirióme largamente las maniobras hechas frente del palacio para apagar el fuego, que se figuraba haber en el edificio, la voladura de las minas por medio del chispazo eléctrico, ya en un lejano cerro, ya bajo las ondas del rio, y el acto vistoso y bien presentado de echar un puente sobre el turbio y sosegado Tajo. Dijo que S. M. repartió como premio, coronas navales y murales de plata á los soldados que se habian distinguido y una gratificacion para todos, y que un espléndido banquete coronó dignamente el dia.

Al lado de una mesa hojeaba mientras esto se decia cierto *apreciable* y *conocido* literato varios cuadernos elegantemente impresos con visibles señales de contentamiento, y no bien habia acabado su antecesor en el uso de la palabra, cuando exclamó: — «Este mes sí que están de enhorabuena las Academias Española y de la Historia! A la recepcion de *don Cayetano Rosell*, que tambien amenizó la última en el pasado, ha seguido la del sabio y virtuoso canónigo del Sacromonte de Granada *don Juan de Cueto y Herrera*. Al discurso del señor Rosell, que tenia por asunto la expedicion á Oran y el pensamiento de conquistar el Africa, llevada aquella á cabo y concebido este por el gran cardenal Cisneros, discurso notable no solo por el fondo, sino por sus gallardas y apacibles formas y por el puro lenguaje que le viste con ropas verdaderamente castellanas, ha seguido el del señor *Cueto*, notable tambien por todos conceptos. La historia de las antiguas asambleas conocidas con el nombre de Cortes de Castilla y Aragon, presta oportuno tema al dignísimo académico para lucir ventajosamente su no comun erudicion. Con severa crítica y sin apasionarse nunca por nadie, recorre las vicisitudes de aquellas juntas nacionales, desde su origen hasta su muerte en tiempo de Felipe V, examinando sus ventajas, su engrandecimiento y los vicios que acabaron con ellas. El estilo del señor *Cueto* es grave, correcto y rico en profundos pensamientos. Contestóle en nombre de la Academia el señor Fernandez Guerra, quien despues de encarecer en sentidas razones su satisfaccion y su dicha al presentar á aquella corporacion al amigo que desde la niñez le dirigiera por el camino de las ciencias, hizo ver lo fiel del retrato trazado por el señor *Cueto* con el puro lenguaje que caracteriza y da valor á todas sus obras.

De la recepcion del señor don Carlos Ramon Fort, diré á Vds. poco, porque no conozo bien su discurso, que tuvo por asunto «los efectos de la concordia entre la Iglesia y el Estado en la época de la España goda.» Hay en él doctrina, claridad y erudicion, y el señor *Amador de los Rios*, encargado de responder, agradó al auditorio por la vigorosa entonacion y pureza del estilo, por la abundancia de imágenes poéticas y por la exactitud en las descripciones.

— Del señor Fernandez Guerra (don Aureliano), ya esperábamos todos una cosa buena, continuó diciendo el *apreciable* literato, y su discurso de entrada en la Real Academia Española ha realizado por completo nuestras esperanzas. Devolver su personalidad á un autor, cuyas obras, gala de nuestro parnaso, se colgaban injustamente al nombre de otro en nada parecido á él, tal ha sido la generosa tarea del nuevo académico. Para probarnos que el *bachiller Francisco de la Torre* no es, como supuso el marqués de Valdeflores, la misma persona que don Francisco de Quevedo, revisa el precioso ramillete de poesias publicado por este en 1631 y encuentra en sus páginas toda una biografía novelesca. Nace el *bachiller* en Torrelaguna y enamórase en sus mocedades de una Filis criada á orillas del Jarama, que era muy bonita ó á él le pareció que lo era: empieza luego sus estudios en Alcalá de Henares, y apenas empezados suelta los libros, empuña el acero inatador y corre á escribir con sangre sus hazañas en los campos que riegan el Po y el Tesino. A su vuelta, la señora Fi-

lis, olvidando los buenos ratos que pasaba con él por las enramadas y á orilla de las fuentecillas, ciñéndole las sienes de *frescas rosas y violetas tiernas*, se habia casado con otro, y nuestro generoso guerrero retirase del mundo y acaba sus dias en el campo y la soledad, convertido en virtuoso sacerdote. Todas estas noticias son confirmadas en la obra del señor Fernandez Guerra con el dicho de autores tan respetables como Lope de Vega, y Manuel de Faria y Sousa y con las matriculas de la universidad Complutense, conservadas hoy en la Central.

Encargado el señor marqués de Molins de contestar al señor Guerra, nos leyó otro precioso discurso, recibiendo tambien continuas muestras de aprobacion. Brillante, florido y hasta jugueteo alguna vez; mezcla lo útil y lo dulce, y examinando los buenos tiempos de nuestra poesia y comparando el estilo de La Torre y el del señor de Juan Abad, da el último toque al cuadro probando que el marqués de Valdeflores se equivocó solemnemente cuando al hallar sin dueño conocido una zampoña pastoril y una corona de mirtos, hizo de ellas presente al gran satirico español. Razon tienen los dos académicos: hora es de volver á su dueño ese precioso ramillete de silvestres florecillas: extiéndase con su aroma el nombre de Francisco de la Torre, que la fama de Quevedo no necesita apropiarse agenos méritos para lucir sin rival por todo el mundo.

Celebraron todos los oyentes al orador, y otro de los individuos de la tertulia tomó la palabra anunciando que iba á hacer la revista de teatros. Empezaré, dijo, por el mas antiguo: por el Príncipe. Solo una novedad nos ha dado este mes antes de cerrarse:

LIBERTAD EN LA CADENA, drama en tres actos y en verso por *don José Marco*. Como primera producción, esta obra tiene sus defectos, principalmente en el plan, que resulta algo embrollado, y en no probar completamente el fin que se propone; pero á pesar de esto, entretiene agradablemente y el autor fué llamado á las tablas.

No tuvo tanta suerte en este teatro el magnetizador M. La Roche Lambert. Anunciándose solo para tres funciones, empezó á darse tono y á querernos convencer de que nos hacia un favor con presentar sus farsas en la escena. Ustedes saben lo que pasó: su compañera Mlle Cabanyes adivinaba lo que cualquier espectador escribia en una tarjeta, y á los espectadores; casualidad providencial! no se les ocurrió ninguna noche otro pensamiento que el de «*Judith trancha la tête d'Holophernes*»: el artista disputaba con el público (en francés para mayor claridad) cuando no le salian bien las pruebas, y últimamente, despues de algunos preludios de esa clase de soplos que se dan con la boca encogida, un niño se encargó de probar que los magnetizados podian reirse de los magnetizadores, y escapándose despues de dormido, hizo estallar la grita mas espantosa que se ha dado en nuestros coliseos.

El del Circo está rebosando actividad; mas comedias ha estrenado en junio que en todo el año. Rompió la marcha el drama LIBERTINAJE Y PASION, arreglo hecho por el señor Camprodon de otro francés. Lástima que se haya tomado el trabajo de ponerlo en verso, porque la obra es en sí fria y poco interesante. Únicamente, la escena final en que un amante por no ser encontrado en el balcon donde estaba oculto, se lanza al mar y se ahoga, salvando de este modo el honor de una mujer, consiguió interesar al auditorio.

QUIEN MAS MIRA MENOS VE se titula la comedia del señor Rodriguez Rubi que se estrenó despues. Esta, que casi todos Vds. habrán visto, gustó, y lo merece, porque es divertida, y el fondo de su fábula todos los dias lo vemos por el mundo: un hombre que cria una inclusera expresamente para casarse con ella, sin conocer que la mujer que le conviene está á su lado, hasta que aquella le abandona por el primero que se presenta, tal es el asunto vestido despues con gracia y ligereza. ¡Ojalá que hubiera mas verdad en los caracteres y que no estuvieran algunos de ellos tan cargados de ridículo! ni el protagonista ni su grotesco pasante es fácil que tengan original en el mundo.

¡CONCHA! y UNA CAJA DE DULCES, piezas en un acto original aquella de *don Pedro Sobrado* y traduccion esta de *don José Maria Garcia*, no merecen exámen de la crítica la primera, porque es un juguete escrito sin mas objeto que hacer lucir sus gracias á la bailarina del mismo nombre, hija del bolero Ruiz, la cual entusiasma al público cantando, danzando y recitando, y la segunda porque tiene un plan tan embrollado y tan inverosímil que marea al espectador sin interesarle.

Ya sé que la otra noche estuvieron Vds. á ver la traduccion ó arreglo que con el nombre de *Una mujer de historia* ha hecho *don Manuel Ortiz de Pinedo* del drama *LADY TARTUFFE* de madama Girardin. ¿A qué decirles á Vds. nada si ya pudieron observar que sus caracteres no hacian mucho efecto y que probablemente no volverá á asomarse nunca en los escenarios de la corte?

No creo tampoco que tendrán muchas representaciones en la temporada próxima LOS DOS ARTISTAS, ó sea la FIAMMINA de M. Uchard; y eso que la gente salia muy satisfecha de ellos todas las noches. El drama está bien hecho; es verdad: el diálogo es vivo y animado, y lleno de ese *esprit* que los franceses saben comunicar á todo; pero á pesar de esto, y á pesar de haberlo arreglado con esmero *don Angel Izuardi*, aun me parece que la falta algo: una cierta cosa que seria difícil explicar. De todos modos, la obra merece sin disputa la buena acogida que ha tenido, tanto por su excelente desenlace, como por el fin moral que se propone. La mujer, que como Fiammina abandona los dulces goces del hogar doméstico

y el cuidado de su marido y de su hijo por correr en busca de los vanos aplausos del mundo, tiene que verse necesariamente en la terrible situación de estorbar con su presencia la felicidad de su hijo y hacerle avergonzarse de llamarla madre.

También EL PARAISO PERDIDO, drama en tres actos original de don Enrique de Cisneros, tiene por objeto enaltecer la familia. Pintan allí un hombre que no contento con ser feliz en su casa, quiere serlo también donde no es posible: en el bullicio de la sociedad y en las miserias de la asquerosa política. Lástima que no se haya hecho á principio de temporada, porque á las obras dramáticas les sucede lo que á los besugos; que en verano solo se pueden comer en escabeche, es decir, las del año anterior. Un estreno en junio equivale á un suicidio tratándose de trabajos literarios. La ejecución lo mismo del *Paraiso perdido* que de los *Dos artistas* ha sido excelente por todos los actores, y así se lo dió á conocer el público llamándolos á la conclusión del primero de estos dramas, igualmente que al autor.

— ¿Y en la *Zarzuela* ha estado Vd. muchas noches? preguntó una señora al disertante.

— Como que soy abonado, respondió este; pero por mas que allí se ha variado de funciones durante el mes, la desgracia que para todo el año había también tomado abono en aquel templo de las fusas y corcheas, no ha querido desalojarlo. Ni el concierto del violinista Monasterio acompañado de una tal madame Feucillet, ni los estrenos de varios cantantes, nuevos en la corte, y de dos parejas de baile traídas de Barcelona, ni un acreditado tocador de pandereta, ni ¿qué mas? ni el ver cantar á Caltañazor y los coristas vestidos de mujer, han resucitado en el público aquella afición de los pasados tiempos.

*Varietades.* — Sigue sin necesidad de revendedores. Su despacho tiene la ventaja de que en él se encuentran billetes á todas horas; no es tan fácil encontrar gente dentro de su sala. Tres piececillas en un acto de los autores incógnitos, llamada la primera no recuerdo cómo, y las otras *Las precauciones* ó *El matrimonio masculino*, y *El fin del mundo*, son las novedades que ha dado en junio aquel teatro.

— Y ahora que habla Vd. del fin del mundo, interrumpió un pollo, ¿cómo es que en España no ha tenido lugar?

— Porque en España, respondió el amo de la casa, siguiendo la costumbre del país, hemos dado una próroga á la vida de nuestro globo.

— Pues señor, dije yo tomando el sombrero, ya me han hecho Vds. la revista; voy á escribirla, que de lo que falta ¿cómo no acordarme? Todos los periódicos nos han dado largas descripciones del viaje de SS. AA. los duques de Montpensier por Castilla la Vieja, Leon y Asturias, de los agasajos que se les han prodigado en las principales ciudades, y de las abundantes limosnas repartidas por los infantes en el camino. El Escorial, Segovia, Leon y Oviedo, Covadonga y el célebre laboratorio de fusiles de Trubia fueron visitados con interés por los príncipes, quienes, en el penúltimo de estos puntos ofrecieron elevar un sencillo monumento en recuerdo de la heroica empresa comenzada en aquel sitio por Don Pelayo.

Menos posible es aun olvidar la publicación oficial del embarazo de S. M. Tan fausta noticia ha sido celebrada con tres días de gala y de iluminación, y con un besamanos que estuvo por extremo concurrido. La tarde del 27 SS. MM. fueron con toda la pompa de costumbre al santuario de Atocha á implorar el auxilio del Altísimo. Formaron las tropas y una inmensa concurrencia llenaba las calles del tránsito y el Prado.

Dicho esto, haré una disertación sobre el calor que empieza á sentirse, sobre la necesidad de tomar baños de mar ó minerales, y sobre otras cosas por el estilo y ya tengo acabado mi trabajo. Con que muchas gracias y hasta mañana, dije; tomé la puerta y me fuí á la cama.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

Madrid 30 de junio de 1857.

### La casa donde vivió.

I.

En esa casita blanca  
Oculta en un pabellón  
De guindos y de manzanos  
Donde canta el ruiseñor,  
Alegre cuando el sol nace,  
Triste cuando muere el sol;  
En esa casita blanca  
Vivía un tiempo mi amor,  
Vivía la dulce niña  
Que amaba mi corazón!  
La niña está ya en el cielo,  
Que era un ángel del Señor,  
Y para morar con ángeles  
Tan puros ¡quién era yo!  
Mas vagar en estos sitios  
Es toda mi diversion,  
«Que me divierte la jaula  
Aunque el pájaro voló.»

II.

Cuántas veces asomados  
A aquel airoso balcon  
Cubierto de enredaderas,  
De enredaderas en flor,  
En brazos de la esperanza  
Nos adormimos los dos!  
Me parece que estoy viendo  
A la prenda de mi amor  
Exclamar allí mostrando  
La timidez en su voz,  
La ternura en su mirada,  
La dicha en su corazón:  
— Dichosos, mi dulce amado,  
Seremos aquí tú y yo,  
Así que un sagrado vínculo  
Eternice nuestra union;  
Pues esta casita blanca  
Que mi niñez cobijó  
Y ofrece, lejos del mundo,  
Paz y alegría y amor,  
Amor y paz y alegría  
Nos ofrecerá á los dos.»  
Como la flor del almendro  
Nuestra esperanza se heló;  
Mas vagar en estos sitios  
Es toda mi diversion,  
«Que me divierte la jaula  
Aunque el pájaro voló.»

III.

Casita, casita llanca  
Donde mi amada vivió;  
De rayos y de huracanes  
Te guarde por siempre Dios;  
Los guindos y los manzanos  
Te den sombra y proteccion,  
Nunca se seque la fuente  
Que te da en julio frescor;  
Entonen en tu tejado  
Los pájaros su canción;  
Enredaderas te adornen  
Y flores te den su olor!  
Yo vendré cuando el sol nazca,  
Yo vendré al morir el sol  
A fecundar con mi llanto  
Los campos de alrededor,  
Fijos los dolientes ojos,  
En tu desierto balcon;  
Que como fuiste morada  
De la prenda de mi amor,  
«Con la jaula me divierte  
Aunque el pájaro voló.»

ANTONIO DE TRUEBA.

### La Exposición de bellas artes de 1857.

(Véanse los números 236 y 237.)

Los cuadros religiosos son menos abundantes que en las exposiciones del tiempo de la Restauracion y de Luis Felipe, y esto es porque en el día ese género de pintura se ejecuta comunmente en las mismas iglesias; la pintura mural al óleo ó á la cera ha reemplazado al lienzo. En la sexta division del catálogo hallamos la indicacion de las obras de esa clase que se han hecho en el año; mas tarde nos ocuparemos de algunas de ellas; hoy nos limitaremos á mencionar algunos lienzos enviados á la Exposición.

Un cuadro de M. ZIEGLER, ya difunto, *Nuestra Señora de Borgoña*, recuerda un género de disposicion que emplearon algunos italianos: la Virgen está sentada en un estrado de mármol adornado de mosaicos, y tiene á su derecha los santos patronos de la ciudad de Dijon; uno de ellos la ofrece una cesta de uvas. El niño Jesus tiene también en sus manos racimos de uvas tintas. Un emparrado completa la *cathedra* donde descansa la Virgen, y en el fondo se distingue el campanario de San Benigno. Esta pintura se recomienda por una composicion original y de muy buen efecto.

M. AMAURY DUVAL, en su cuadrado el *Sueño del niño Jesus*, ha sabido demostrar cierto sentimiento de suavidad que todo el mundo comprende. Es una pintura fria y fina que carece de estilo, pero que exhala como un perfume de pureza mística. — Una gracia menos seductora tienen los *Angeles guardianes* de M. LANDELLE. Este artista, sin embargo, interpreta muy bien la idea que el sentimentalismo de nuestra época se forma de los ángeles.

M. CORNU (Sebastian) ha representado en un lienzo de grandes dimensiones la *Invencion de una estatua de la Virgen en el siglo XVI* por unos pastores que al llevar á pastar sus rebaños vieron que el ganado se arrodillaba devotamente á la orilla de un estanque en cuyo fondo se hallaba. El asunto está tratado con la severidad que distingue á este pintor de talento. — M. CRAUK ha expuesto el *Martirio de san Pyat*. Esta escena de mártir á quien da tormento un verdugo, en tanto que otro se dispone á cortarle la cabeza, se halla bien compuesta y ejecutada con claridad.

M. DESGOFFE (Alejandro) que figura también entre los

paisajistas, ha pintado un *Cristo en el Huerto de los Olivos*, con bastante sencillez; la postura del ángel es natural y graciosa: Jesus está en aquel momento de flaqueza y con la frente cubierta de aquel sudor de sangre de que nos habla san Lucas. El *Calvario* de M. J. DUVAL es un lienzo pequeño: el artista ha querido pintar el momento en que la Virgen y varias personas que la acompañan llegan á descender de la cruz el cuerpo de nuestro Salvador. Las figuras se destacan sobre el cielo de la noche, en medio de una bruma azulada que recuerda mas bien el cielo de la Escocia que el de Jerusalem. Sin embargo, este cuadro presenta bastante interés. — M. LARIVIERE ha expuesto un *San Vicente mártir* pintado al estilo de la antigua escuela francesa, representada por M. A. de Pujol. Un prusiano, M. RICHTER, discípulo de M. L. Cogniet, ha enviado á la Exposición un cuadro grande que representa á *Jesucristo resucitando á la hija de Jairo*, donde notamos cierta exageracion teatral. — La *Virgen al pié de la cruz* de M. TIMBAL, recuerda la misma composicion de M. P. Delaroche.

GUADROS REPRODUCIDOS EN ESTE NÚMERO.

Durante mucho tiempo se ha comprendido la pintura de batallas como una obra de fantasía donde el artista agrupaba á su antojo un número limitado de figuras pensando solo en las cualidades pintorescas, sin acordarse de la verdad de la accion. Una batalla tratada de este modo, no era mas que una representacion inexacta; no era una batalla, una pelea, sino un grupo de algunos hombres combatiendo. En nuestros días el campo del pintor de batallas se ha ensanchado considerablemente: tiene que luchar en prevision con los boletines militares, tiene que consultar con los partes de los oficiales, estudiar la configuracion del terreno, indicar las posiciones de las diferentes columnas, en una palabra, tiene que estudiar la estrategia y llevar la exactitud hasta el punto de dar retratos parecidos de los principales combatientes. Esto equivale á decir que las dificultades se han multiplicado. Sin embargo, como el hombre que se complace en crear obstáculos, logra también triunfar de todos ellos, se han visto páginas de una habilidad maravillosa en este nuevo género, al que pertenece el cuadro de M. IVON que reproducimos.

M. IVON: *Toma de la torre de Malakoff*. Esta obra importante, la mayor que hay en la Exposición, está destinada al museo de Versalles. El artista encargado de este trabajo por el ministro de Estado, fué al teatro de la guerra, y allí estudió todo lo necesario para la ejecución de su obra. A pocos días de su llegada á Sebastopol, tuvo la desgracia de perder uno de sus discípulos, M. H. Charbon, víctima del tífus que entonces diezaba á los vencedores. Acogido del modo mas cordial por los generales y los oficiales, obtuvo de ellos todas las comunicaciones que deseó, y su cuadro terminado en nueve meses, despues de su llegada á Francia, tiene el mérito de una escrupulosa exactitud en el aspecto del terreno, en la disposicion de los diferentes cuerpos de ataque, y hasta en los muchos retratos no solo de oficiales, sino de simples soldados que le designaron porque se habian distinguido en aquel ataque memorable. El interés de este cuadro nos obliga á entrar en pormenores detenidos.

Se figura colocado al espectador en la plataforma que corona las ruinas de la torre Malakoff, que da frente á las obras de ataque de los franceses, y teniendo á la espalda la gola del reducto y de la ciudad de Sebastopol. Se supone el momento en que los soldados franceses detrás del primer batallon del 1º de zuavos, que formaban la columna de asalto, acaban de penetrar en Malakoff. En el centro, y sobre lo alto del parapeto, un hijo de Paris, el joven Libaut, cabo de zuavos, enarbola la primera bandera de la Francia sobre Malakoff. Un poco mas allá, el general de Mac-Mahon, comandante de la primera division de asalto, planta su espada en el terreno conquistado ya. A sus piés cae mortalmente herido de un casco de bomba el coronel de estado mayor M. de la Tour du Pin, que hizo la campaña en calidad de aficionado voluntario, á pesar de que era sardo. Detrás de este grupo, á unos 500 metros mas allá en la llanura, una bandera indica la posicion del general Pelissier sobre el cerro Verde. Cerca del cuadro, á la derecha, aparece sobre el parapeto el coronel Decaen, á la cabeza del 7º de línea.

Al lado opuesto, un pequeño grupo de cornetas del 1º de zuavos, tocan la carga sin cesar; á su izquierda, en la llanura, se distingue en este cuadro la claridad de una bomba, de la cual un casco hiere al general Bosquet, y se distingue el movimiento de las diferentes columnas de ataque. Por todas partes, en el interior de la fortificacion rusa, los hombres combaten con encarnizamiento y cuerpo á cuerpo.

Aquí también el pintor ha multiplicado los retratos, y uno de los mas interesantes, es en primer término, el del coronel de zuavos Collineau, herido en la cabeza en el momento en que penetraba en la fortificacion rusa, y que con la frente ensangrentada y vendada con un pañuelo, sigue marchando intrépidamente á la cabeza de sus hombres, con la espada levantada y la pistola en la mano. Este valiente oficial continúa todavía de simple coronel á la cabeza de su regimiento, que ha regresado á Africa.

Un poco á la derecha, el artista ha representado un viejo general ruso conteniendo sus soldados espantados. Este general, cuyo nombre se ignora, se batió con un furor extraordinario; mató á dos oficiales franceses á pistoletazos, y cayó muerto al fin de un bayonetazo de un soldado. En lontananza las líneas del horizonte se van perdiendo en la vaporosa claridad del día y contrastan por su calma con esa escena sangrienta, con ese execra-



Exposición de 1857. — Toma de la torre de Malakoff, el 8 de setiembre de 1855, cuadro pintado por M. A. Iron, para el Museo de Versalles.

ble juego de la guerra.

Toda esa acción múltiple y complicada se encuentra desempeñada hábilmente en el lienzo de M. Ivon. Hay movimiento, variedad en los grupos, verdad en las actitudes, animación é interés en muchas cabezas, y pasión en algunas, como en la del viejo general ruso. Hay también toda la unidad posible en el asunto. El conjunto no se halla subordinado á una figura principal. El general de Mac-Mahon domina la acción desde lo alto del parapeto del reducho, no porque los demás actores de la escena estén en posiciones inferiores, sino solo por la dignidad de su apostura y por la fuerza del mando, porque llena su cometido valerosamente, como el simple zuavo se halla también en evidencia en la misma línea cumpliendo también con su deber. No hay puestos privilegiados; los buenos son lo mismo para los soldados que para los oficiales. El cuadro es lo que fué la acción, una lucha, una victoria de soldados.

A pesar de la variedad de colores producida por los pantalones, las gorras encarnadas y las chaquetillas azules, el conjunto del cuadro es armonioso. Los términos están bien indicados, y la mirada en medio de esa pelea pasa de un episodio á otro por transiciones bien dispuestas. Esta pintura histórica de un dibujo firme y de una ejecución franca, será la página monumental del glorioso hecho militar que puso fin á la guerra de Crimea, y dejando aparte la celebridad de M. H. Vernet, asegu-



Exposicion de 1857.— Napoleon III distribuyendo socorros á los inundados de Lyon, cuadro y dibujo por M. Janet-Lange.

ra á M. Ivon la categoría de primer pintor de batallas de nuestra época.

M. JANET LANGE. — *Napoleon III distribuyendo socorros á los inundados de Lyon en 1856.* M. Janet Lange brilla por la facilidad con que compone y distribuye una escena. Esa facilidad, esa inteligente distribución de los grupos, la naturalidad de las figuras de hombres del pueblo apiñados en las calles, son las cualidades que se encuentran en el cuadro del pintor, cuya reproducción se ve en este número.

M. VERLAT : — *Caballos franceses percherones; un latigazo.* Esos robustos animales que tiran de un carro cargado de piedras, demostrando en su dura tarea un vigor atlético, han llamado la atención del artista que ha querido representarlos en las proporciones de los grandes lienzos reservados á la pintura histórica. Su cuadro tal como ha sido concebido es un error de gusto, y se explica por la admiración del pintor belga á esa raza poderosa de caballos y por el deseo de continuar la tradición de los antiguos maestros flamencos que pintaron animales de grandes dimensiones. Había cierta audacia en acometer tal empresa, y M. Verlat no ha disimulado nada la rudeza de su asunto; al contrario parece que ha querido exagerar la aspereza en la figura del joven carretero, en el perro que ladra detrás de él y aun en los cardos secos al borde del camino. Sin embargo, debemos elogiar el buen dibujo y la franqueza de ejecución de esta obra.

J. D. P.



Caballos franceses percherones, cuadro por M. C. Verlat.



vivas de la numerosa concurrencia. M. Watts, corregidor de Manchester, acompañó acto continuo á S. A. R. al carruaje que se le tenía preparado. Un gran número de coches siguieron al príncipe Alberto á la residencia del corregidor, situada un poco más allá de Cheadle, donde S. A. debía permanecer una hora para descansar y desayunarse. Abney-Hall, residencia de M. Watts, es una vasta y hermosa mansión construida de ladrillo encarnado con adornos de piedra, según el estilo de la arquitectura del tiempo de Tudor. Situada en una pequeña eminencia á la orilla izquierda, ó sea al Sur del Mersey, á unas seis millas de Manchester, esta quinta domina un país pintoresco cubierto de bosques. Los numerosos pueblecillos del tránsito, decorados como en las grandes festividades, estaban llenos de gente. En casi todas las residencias particulares de las clases más ricas ondeaban algunas banderas ó se veía alguna señal de regocijo en el frontis de sus jardines, muchos de los cuales estaban llenos de señoras y caballeros ansiosos de ver el brillante cortejo que debía pasar por delante de ellos con la velocidad del rayo. En Cheadle, el número de banderas y gallardetes era considerable y la gran multitud de alegres espectadores se entregaron á manifestaciones mucho más expresivas. A poco de entrar en la posesión de Abney-Hall se encontraba un arco de triunfo al cual seguían otros muchos. En el primero, sobre un fondo de color de rosa, se leía en grandes caracteres la siguiente inscripción: «Alberto, bien venido á Cheadle.» La comitiva, que salió de Abney-Hall cerca de la una, fué recibida en todas partes con entusiastas aclamaciones. Después de cruzar el Mersey, agregáronse á ella el conde de Burlington, lugarteniente de Lancashire, y M. Townley, primer magistrado de la misma ciudad.

El viaje hasta la entrada de Manchester se hizo con mucha rapidez. En este punto se reunieron al cortejo el obispo y las autoridades civiles y militares de la ciudad, casi todos vistiendo el traje oficial. En varios puntos á lo largo de Streford-road se habían estacionado gran número de individuos de las sociedades de los *Odd Fellows* (sociedad de los impares ó compañeros originales), de los Druidas y de los Guardabosques, que no permitiendo que los espectadores rompiesen la línea, contribuían á dejar expedito el pasaje. Las ruidosas aclamaciones, los millares de sombreros y pañuelos que se agitaban por todas partes, las banderas y otras decoraciones, el gentío que llenaba los tejados y balcones, y las espaciosas plataformas de madera que se habían improvisado en los trozos de terreno despejado, revelaban la entusiasta y grata acogida que la población hacía á los ilustres huéspedes. Un gentío inmenso llenaba todas las avenidas hasta la Exposición, y en los alrededores del edificio donde el terreno lo permitía, se veían masas compactas de seres humanos. Las entusiastas aclamaciones del pueblo cuando el príncipe Alberto llegó al palacio, manifestaban la pública aprobación del importante deber que le llamaba á Manchester.

Los preparativos que se habían hecho para la ceremonia que debía verificarse en el interior del palacio, eran de un género muy sencillo. El edificio se compone de una gran nave principal y de otras dos naves colaterales, cortada casi en su extremidad occidental por el crucero. Una fila de elevadas y esbeltas columnas separa la gran nave de las otras dos: estas columnas, que en su parte superior están unidas por medio de ligeros y elegantes cuarterones, sostienen el techo semicircular de la nave. Las paredes laterales están llenas de retratos de todos los grandes personajes históricos y biográficos de la Gran Bretaña. Debajo, en el suelo, colocados en hermosas cajas, se ostentan la multitud de objetos de marfil, de madera, de bronce, y los metales preciosos que constituyen el museo artístico. Delante de las columnas en la parte interior de la misma nave en ambos lados, hay una doble fila de estatuas que se prolonga en toda la longitud del salón, desde la entrada principal hasta el crucero, dejando en el centro un ancho pasaje ó avenida. Junto al crucero se ven vistosos grupos y colecciones de armaduras dispuestas con simétrico gusto. Más allá, colocados en diferentes órdenes en forma de escalinata, se elevan á grande altura los asientos de la orquesta, terminando en un grande órgano construido por los señores Kirtland y Jardine, cuya elegante forma y esmerada decoración completan su agradable vista.

En el crucero, inmediato al frente de la orquesta, se ha levantado un dosel de forma octagonal cubierto de paño encarnado, al cual se sube por seis gradas. En el centro se ve una rica alfombra cuadrada, y encima de ella estaba el regio asiento de terciopelo carmesí guardado de oro, que debía ocupar el príncipe Alberto durante la ceremonia. A cada lado del dosel hay plantado un enorme mástil veneciano, de cuya punta penden dos banderas, una de seda amarilla y otra de seda azul, con las armas respectivas de Inglaterra y de Gota, con las inscripciones «*Dieu et mon droit*» y «*Treu und Fest*.» Las once era la hora señalada para abrir las puertas al público; pero mucho antes de esta hora todas las puertas estaban sitiadas por una considerable multitud de lo más selecto de Manchester y sus alrededores.

Entre las personas que ocupaban los bancos verdes de detrás del dosel, figuraban gran número de miembros de ambas Cámaras del parlamento. Lord Broughton vestía el uniforme de lugarteniente, y lord Wrottesley estaba también de uniforme. El marqués de Claricarde, el conde Powis y otros individuos de la nobleza se hallaban también presentes. Hasta los más pequeños rincones del palacio estaban ocupados, ofreciendo

una vista tan brillante como animada. Por otra parte, las elegantes proporciones del edificio, sus bellas decoraciones, las obras maestras del arte que abundaban por todas partes, la presencia de 10,000 personas luciendo vistosos trajes, y la multitud de banderas de seda y de estandartes simétricamente combinados, formaban un cuadro encantador que rara vez se habrá visto ni en la capital.

La llegada del príncipe á la Exposición fué anunciada por una salva de artillería. S. A. R. fué recibida á la entrada principal por lord Overstone, presidente del consejo general, por el presidente y miembro del comité ejecutivo, y por M. Deane, comisionado general. El duque de Newcastle, el duque de Argil, el conde de Granville, el lugarteniente de Irlanda, lord Stanley de Alderley, sir B. Hall, el honorable M. Cowper y M. Massey, la mayor parte de uniforme, se reunieron allí á la comitiva del príncipe Alberto, que fué conducido en medio de grandes aclamaciones al salón de recepción oficial. Después de uno ó dos minutos, S. A. volvió á salir para pasar á un dosel provisional construido á la entrada del gran salón central. El corregidor de Manchester, acompañado de casi todos los miembros de la corporación municipal, se acercó entonces al príncipe para leer una larga y leal manifestación, á la cual su alteza se dignó contestar.

El príncipe, seguido de los que le habían acompañado desde Abney-Hall, de lord Overstone y M. Fairbairn, del corregidor y corporación municipal de Manchester, y de los miembros del comité ejecutivo, atravesaron en seguida el salón central para dirigirse al dosel preparado en el crucero para su recepción. En el momento de ponerse en marcha la procesion, la orquesta situada al extremo opuesto del edificio rompió el himno nacional y siguió tocando hasta que S. A. tomó asiento bajo el dosel. El efecto era maravilloso, aunque lo desvirtuaban algún tanto los gritos que de vez en cuando dejaban oír los concurrentes á medida que avanzaba la procesion. ¡Qué cuadro tan majestuoso se ofrecía á la vista del príncipe al dirigirse lentamente al salón central! Sin hablar de la multitud que le hacía una acogida tan cordial, por todas partes se veía rodeado de retratos de los más eminentes caracteres de la historia inglesa. A su derecha, el tórico retrato de Carlos II, con sus tostadas facciones, — aspecto tan diametralmente opuesto al de un afable monarca, — parecía como si quisiera destacarse del lienzo para tomar parte en la fiesta. A su alrededor se veían agrupadas las frágiles bellezas de corte á la cual Lely y de Grammon han dado un dudoso renombre. En las paredes de enfrente brillaban con su semblante severo y amenazador, los jefes de la república, mirando con ceñuda frente las seductoras bellezas de Whitehall.

Llegado al crucero, S. A. tomó asiento bajo el dosel dirigiendo su vista á la avenida por donde acababa de pasar; y tan luego como su séquito formó un brillante semicírculo á su alrededor, la orquesta ejecutó el himno nacional, en el cual Mme Clara Novelo cantó el solo, tomando también parte en ella M. Sims y M. Weis. Concluido el himno, lord Overstone se adelantó, y en nombre del consejo general leyó un discurso, manifestando cuán agradecidos estaban á S. A. por el interés que había manifestado constantemente en favor de la Exposición, y por su ántea amabilidad en presentarse á la ceremonia á pesar de estar tan reciente la muerte de la duquesa de Gloucester, por cuya pérdida el consejo le ofrecía su sincera expresión de simpatía y de sentimiento.

El príncipe contestó dando las gracias al consejo por su sentimiento respecto de la muerte de S. A., manifestándoles que al cumplir con lo que él creía un deber público aun encontrándose bajo tan tristes circunstancias, estaba convencido de que si hubiese sido posible consultar los deseos de la ilustre difunta, hubiese aprobado su asistencia á este acto. M. Fairbairn, presidente del consejo ejecutivo, leyó entonces otro discurso que presentó en una caja de terciopelo de púrpura bordado de oro. Este documento contenía una reseña de la idea primitiva y de los progresos de la Exposición, para cuyos gastos la ciudad de Manchester había levantado, en tres semanas, la cantidad de 74,000 libras como un fondo de garantía, sin necesidad de acudir al público y sin tener que hacer ninguna seria invitación. El discurso pasaba en seguida á hacer mención de los ricos objetos ofrecidos por S. M. á la Exposición artística, é igualmente de la generosidad y prontitud con que los dueños de cuadros, etc., de todo el reino se habían apresurado á corresponder á los deseos del consejo. Finalmente, en el discurso, al hablar de la adquisición de la colección de M. Soulage, se expresaba en los términos siguientes:

«Quisiéramos referir brevemente de la manera que una parte importante de la Exposición, el famoso museo histórico de obras de arte decorativo reunido por M. Soulage, de Tolosa, ha venido á figurar en el palacio. Habiéndose negado el gobierno de S. M. á comprar esta escogida colección al precio de coste de fabricación, consideramos que obraríamos de acuerdo con los verdaderos intereses del arte, adquiriendo por cuenta nuestra la colección bajo los términos con que se había poco antes desechado. Por nuestra parte deseábamos que una colección de tanto valor, como objeto de estudio para nuestros artistas, pudiese ofrecer los beneficios de un detenido exámen; y nos atrevemos á esperar que se conservará entera aun después de cerrarse esta exposición para que sea más general la instrucción que pueda ofrecer.»

S. A. respondió de la manera siguiente:

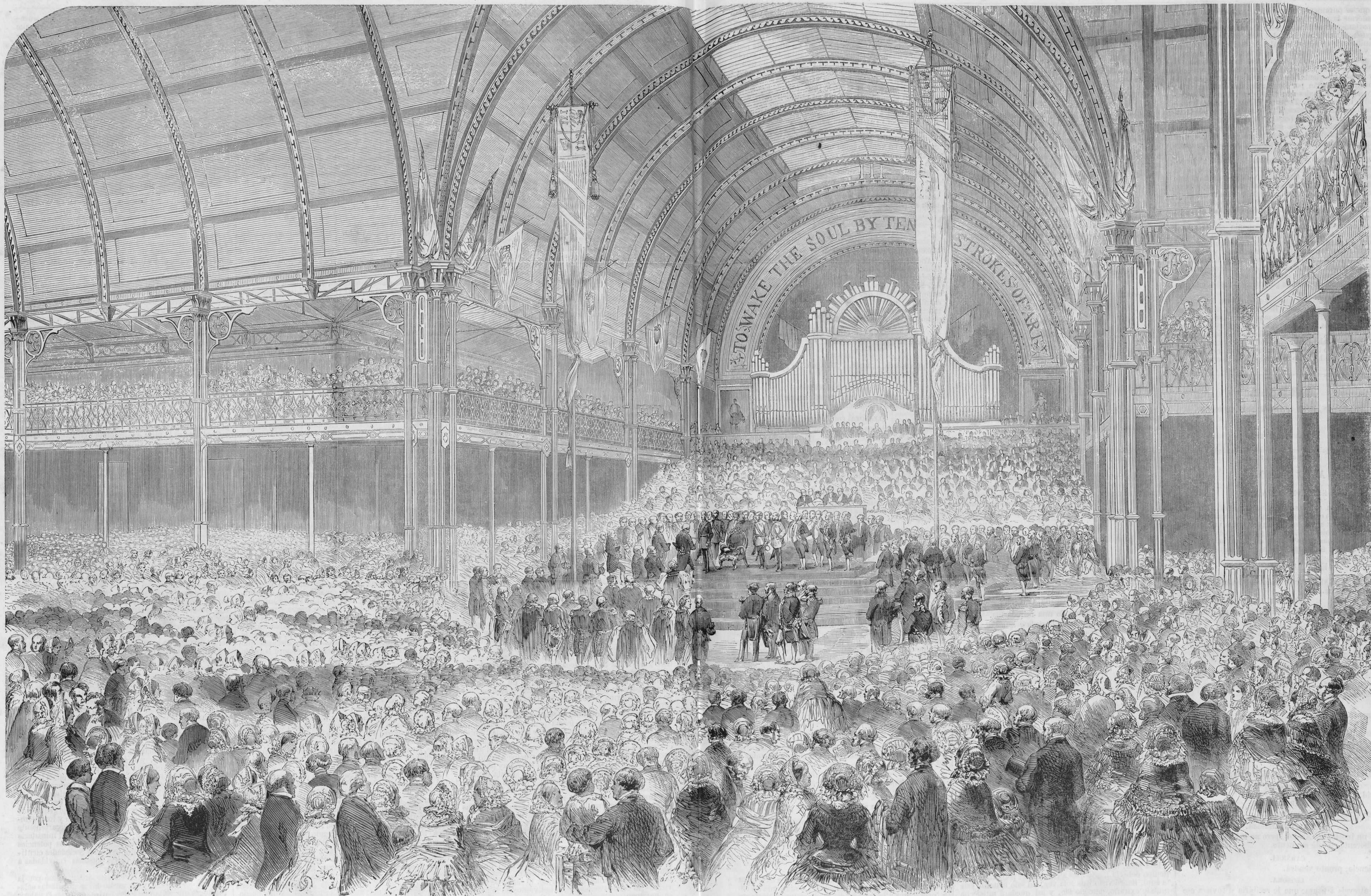
«Señores del comité ejecutivo; os doy las más sinceras gracias por vuestro grato discurso. Estoy cierto que S. M. la Reina apreciará cual se merecen los sentimientos de lealtad y de adhesión que en él abundan. He aceptado con placer la invitación que me habeis hecho de presidir la ceremonia de inauguración de una empresa que he mirado con particular interés desde el principio que se concibió su idea; y permitidme que os congratule por el feliz éxito que ha venido á coronar de una manera tan completa vuestros esfuerzos. El edificio en el cual nos encontramos reunidos, y la admirable colección de tesoros artísticos, como justamente los llamaís, que ostenta, refleja sobre vosotros el más alto crédito. Todos estos objetos no pueden menos de sorprender gratamente al que los contempla, no solamente por la riqueza y el espíritu emprendedor de este país, sino también por ese generoso sentimiento de mutua confianza y de benevolencia que existe entre las diferentes clases de la sociedad que lo constituyen, de lo cual la ceremonia actual ofrece una prueba evidente.

Estamos viendo una fiesta en la que los ricos y los que poseen, ponen delante de aquellos á quienes la fortuna ha negado las grandes comodidades de la vida—sacándolos de los más ocultos rincones de sus casas—sus escogidos y apreciados tesoros para entregarlos á vuestro cuidado á fin de poder satisfacer ampliamente la curiosidad nacional; y esto también sin vacilar y sin más que vuestra mera petición, convencidos de que vuestras miras eran desinteresadas, y que no llevaban más objeto que el bien del país. Este es un espectáculo satisfactorio que no puede menos de hacer dichoso el país que lo contempla. Y no lo es menos el hecho que se ha manifestado así en esta como en otras ocasiones, de que los grandes y los nobles de la nación acuden siempre á su soberano para que se ponga á su cabeza y los guíe en tan patrióticas empresas, mucho más cuando ven que se presta gustoso á darles su apoyo, y cuando conocen que siente un verdadero placer en cooperar á la realización de tan útiles proyectos, rivalizando de esta manera en obras de paz, con el espíritu caballeresco que animaba á sus antepasados en los belicosos tiempos de la antigüedad. Habeis hecho muy bien en no aspirar solamente á una mera acumulación de obras de arte y de objetos de general interés, sino en dar á vuestra colección, por medio de una disposición histórica y científica, un carácter de enseñanza, aprovechando de esta manera la oportunidad de enriquecer la imaginación, como igualmente de complacer los sentidos. Bajo este punto de vista la Exposición nos ofrecerá gran número de lecciones!

Si el arte es la pura expresión del cultivo intelectual y religioso y de la civilización de cualquiera época ó país, una ojeada sobre la revista histórica y cronológica no puede menos de hacernos concebir una justa apreciación de los caracteres distintivos de los diferentes períodos y países cuyas obras se presentan á nuestro exámen, y de la influencia que han ejercido sobre cada uno. Al comparar aquellas obras con las de nuestra época y país, mientras que podemos estar orgullosos del inmenso desenvolvimiento de los conocimientos y del poder de producción que poseemos, tenemos también motivo para humillarnos al contemplar la delicadeza de sentimiento y la fuerza de imaginación que se revelan en las obras de las escuelas antiguas. Espero que en la aprobación pública y en el remunerativo concurso del pueblo hallareis la inmediata recompensa de vuestros trabajos; y que, como en la Exposición de 1851, á la cual aludís de una manera tan lisonjera, encontrareis también los medios de dar cima á vuestras operaciones sin necesidad de recurrir al fondo de garantía que el distrito ha puesto á vuestra disposición con tan generoso desprendimiento. Además de esto, estoy convencido de que los beneficios efectos que la Exposición producirá sobre los progresos del arte y del gusto de nuestro país, en los cuales debemos confiar, serán una eterna memoria de vuestra vasta empresa.»

Casi es excusado decir que ni una sola palabra así de los discursos como de las contestaciones se oyó fuera de algunos pasos del dosel. Era imposible que todos los que había dentro de aquel vasto edificio pudiesen oír; y después, los discursos fueron leídos en voz tan baja, que aun los que estaban más inmediatos al dosel con dificultad pudieron comprender dos sentencias consecutivas. Por consiguiente, el público vió terminar con gusto esta parte de la ceremonia, dando visibles muestras de satisfacción cuando la orquesta ejecutó el aire «Los cielos están diciendo, etc.», de Haydn. En seguida, el obispo de Manchester invocó la bendición del cielo sobre la empresa. Concluida la rogativa, la orquesta tocó el Salmo núm. 100, y después se hizo una procesion compuesta de los oficiales de la Exposición, de las autoridades civiles y militares, etc., y de diferentes individuos cuya categoría y dignidad iban en aumento á medida que se concluía la procesion. Los últimos personajes sobre los cuales se fijaba la atención del público, eran: lord Overstone, presidente del consejo general de la Exposición, S. A. R. el príncipe Alberto y los miembros de su séquito; el conde de Carlisle, lugarteniente de Irlanda, y su séquito; los miembros del ministerio de S. M.; los embajadores y ministros de las potencias extranjeras; los representantes de las Sociedades científicas y artísticas, y otras varias personas convidadas á tomar parte en la ceremonia, etc.

La procesion, dispuesta en este orden, tomó por la derecha del crucero, y en medio de las entusiastas aclamaciones que salían de todas partes, entró en la galería de las pinturas antiguas situada á la extremidad septentrional. En este sitio las paredes están cubiertas de todo



APERTURA DE LA EXPOSICION ARTISTICA DE MANCHSTER.









Bautismo del gran duque Sergio-Alejandrovitch en Tzarskoe-Selo. Presentacion del gran duque recién nacido á la comunión.



## JULIO.

Hé aquí el mes en que principian las cosechas. La primera es la de las plantas oleaginosas. Allí tenemos á los trabajadores limpiando la colza en el mismo campo donde ha crecido. La cortan durante la noche á fin de que las simientes que contienen el tesoro estén húmedas de rocío y no se entreabran con tanta facilidad como durante el calor del día, por el movimiento que el golpe dado abajo del tallo comunica á la parte de arriba. Se recogen en cuanto principian las señales de la madurez que se completará rápidamente sobre los tallos cortados y colocados en montones.

El cultivo de la colza (los botánicos dicen: *brassica oleracea campestris*) tiene la gran ventaja de dar productos que van derechos al mercado, y se convierten desde luego en escudos sin necesidad de sufrir transformaciones como la mayor parte de los productos agrícolas. M. Bella hijo, en el curso de economía rural que profesó largo tiempo M. Grignon, contaba sobre todo otra ventaja que los autores han olvidado por cierto, cual es la de suministrar trabajo á los hombres y á los animales en una época en que las demás faenas son menos exigentes, entre la cosecha de los henos y la de los cereales.

Abajo tenemos una porcion de ganado bebiendo en un dia muy caloroso del mes de julio. Dice Olivier de Serres:

« Dos veces por día en el verano se llevará á beber al ganado vacuno; en invierno bastará una sola vez, á las doce, y siempre el agua ha de ser clara. Los caballos por el contrario la prefieren turbia. » — A lo cual observa el célebre fisiologista Huzard que esta opinion es del tiempo de Aristóteles, quizá mas antigua aun, bien que sea de difícil conciliacion con las



ideas modernas, y sobre todo con la experiencia. El caballo sediento bebe el agua clara ó turbia, con tal de que no tenga olor ni gusto particular.

El agua mas peligrosa es la que contiene materias orgánicas. Una Memoria muy interesante sobre esta cuestion se leyó en 1731 á la Academia de ciencias por M. A. de Jussieu, cuando las aguas del Sena por causa de una sequía prolongada ocasionaron enfermedades en todas las poblaciones de los márgenes del río. Establece en principio que todas las plantas acuáticas tienen generalmente hablando cualidades mas sensibles en olor, en gusto, etc., que las de la mayor parte de las plantas terrestres. — En cuanto al agua de los pantanos, M. Bosc ha indicado un modo de filtrarla en el mismo lugar, tan sencillo como económico; se conduce el agua del charco á un receptáculo que se abre al lado, haciéndola pasar por un tonel donde se echa carbon, y cuyo fondo está agujereado. Calcula que 50 kilogramos de carbon bastan para purificar 1000 litros del agua mas corrompida.

## DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA EN LA RECEPCION PUBLICA DE DON CAYETANO ROSELL.

*Discurso de don Antonio Benavides.*

(Continuacion).

Y ¿á qué, señores, aglomerar mas citas y mas hechos de esta misma índole ó parecida? El rey Don Alfonso el Onceno ¿no conquistó las Algeciras con miras políticas al propio tiempo que religiosas? Don Alfonso V de Aragón ¿no adoptó el pensamiento de Don Pedro, y fué al Africa y desbarató los moros en varios encuentros, y por esto, y por las altas prendas que le adornaron, mereció los aplausos de la historia y de la poesía? En los tiempos del célebre marqués de Santillana era popular la opinion de la conquista y ocupacion de parte del Africa; hombre tan eminente cantó las glorias del monarca aragonés, diciendo en la comedieta de *Ponza*:

Este la sua espada ha fecho sentir  
Al grand africano con tanta virtud,  
Que los piés equinos le fueron salut,  
Dejando los litos, huyendo el morir.

Y al final de la misma obra, cuando el poeta predice los altos destinos que aguardan á la raza de los reyes de Castilla, exclama la fortuna:

Ca non solamente serán deliberados  
E restituidas en sus señorías,  
Más grandes imperios les son añadidos,  
Regiones, provincias, ca todas son mias;  
E de este linaje infinitos dias  
Verná quien posea grand parte del mundo;  
Avet buen esfuerzo, que en esto me fundo;  
E cesen los plantos é las elegias.

Los cuales, demas de toda España,  
Habran por heredo diversas partidas  
Del orbe terreno, é por grand fazaña  
Serán en el mundo sus obras habidas;  
Al su yugo é mando vernan sometidas  
Las gentes do beben del flúmen Jordan,  
D'Eufrates, del Ganges, del Nilo serán  
Vencientes sus señas, é nunca vencidas.

Existia de muy antiguo la opinion de que á los cristianos convenia extender su imperio mas allá del mar Mediterráneo; allí estaba la gloria, allí el porvenir de España. Las guerras interiores, y por decirlo así domésticas, impidieron que príncipes ilustrados y religiosos llevaran á cabo tan feliz pensamiento; y si á principios del siglo XVI cobró nuevos bríos, y un éxito feliz coronó el comienzo de la empresa, debido fué á la completa trasformacion que habian sufrido los reinos, hasta entonces oprimidos con desgracias, desgarrados por discordias y humillados por los vicios, ambiciones y rencores de sus príncipes y magnates. ¿Qué no habian de alcanzar, dónde no habian de llegar con sus aspiraciones y con su conducta los hombres que rodearon el trono de los Reyes Católicos? Ellos poseian en grado heróico dos sentimientos profundos: la religion y la monarquía. En su creencia no cabian ni metafísicas sutilezas, ni en su conducta culpables contradicciones. Creian que con tales elementos se salvan las sociedades, y que con ellos salvarian la asendereada nacion española. Si sus hazañas fueron fabulosas, si su valor temerario, si su abnegacion y patriotismo sinceros é indudables, debido era á la fe que abrigaban sus corazones, al respeto y veneracion con que miraron siempre en un pueblo eminentemente católico la religion de sus mayores y la institucion secular de la monarquía. Todo, señores, era grande, generoso en aquella época de feliz recordacion. Ni los reyes tomaban sobre sí la inmensa responsabilidad de gobernar el reino sin el consejo de hombres sabios y sin la cooperacion de las Cortes, ni los súbditos apelaban á la sinrazon de las revoluciones, siempre violentas, las mas veces estériles. Distinguíase el milite guerrero por su hidalga obediencia, en la cual no cabian ni términos medios ni farisáicas interpretaciones. No les envanecia el suceso si no era este de gran valía; llamaban escaramuzas á las tomas de las plazas fuertes, y batallas á las conquistas de un reino. El merecido galardón repartiase

con mano escasa, y no se pretendia con soberbia ni con impacientes alardes, bastando solo á aquellos héroes el renombre conquistado y la imperecedera fama de que ya gozaban. La palabra empeñada era un vínculo tan sagrado que no se rompía sino con la muerte. Por eso se podía contar con la promesa y era sagrado el juramento. Las palabras tenian la significacion natural, genuina que les ha dado la razon de los siglos; al valor se le llamaba valor, á la lealtad, lealtad, y á la traicion, traicion. Aquellos hombres acomodaban sus acciones á la inteligencia que los sabios, los grandes y el vulgo daban al habla castellana. No se disimulaban grandes crímenes con ligeros pretextos, ni habia excusa para el echarde ó para el felon.

El Gran Capitan, injustamente maltratado por la corte, sufrió con paciencia los desdenes del rey; el descubridor del Nuevo-Mundo, una persecucion injusta y escandalosa. Grandes estos héroes, mas en la desgracia que en la prosperidad, dieron un ejemplo de valor y de lealtad, que por desgracia halló en lo sucesivo pocos imitadores.

Perdóneme la Academia esta digresion. La época gloriosa de los Reyes Católicos es una enseñanza sublime, es un espejo de caballeros y de soldados; y aunque á todos amonesta con su ejemplo, en cambio tambien á todos engrandece con sus glorias. — HE DICHO.

## RECEPCION

DE DON AURELIANO FERNANDEZ GUERRA Y ORBE.

*Discurso de don Aureliano Fernandez Guerra y Orbe.*

Señores: Preséntome hoy confuso ante la real Academia española, habiendo aspirado ayer audaz á los grandes honores. Pero bien podría yo decir, con el antiguo poeta, que

El mismo espíritu ardiente  
Que me impulsó á la batalla,  
Me redujo á no acaballa;  
Cobarde fuí, de valiente.

Acobárdame reconocer en esta solemne hora la escasez de propios merecimientos y el exceso de vuestra benignidad. Y me llena de tristeza el alma venir á ocupar entre vosotros un puesto vacío por la muerte, para el cual sin duda me disteis vuestros sufragios, imaginando en mí, con error generoso, las dotes y prendas que atesoró mi malogrado padre, de quien fuisteis alguno maestro, y no pocos discretos apreciadores de su dominio en la lengua castellana. Perdonad á la gratitud de un hijo este recuerdo, y que pierda por él la ocasion de prurumpir, siguiendo loables prácticas, en elogios de mi antecesor el digno académico don Gerónimo de la Escosura, amigo y compañero de los Melendez, Gallegos y Listas, militar y empleado celoso, docto en idiomas, recomendable escritor y fino amante de nuestra inmortal española Talía. Pero si dejó á fortunados críticos la dulce tarea de apreciar con tino los frutos de la edad presente, y ceñir á nuestros ingenios coronas merecidas, no extrañéis verme volver hácia otra edad los ojos, pagando una deuda que contrae al pretender el favor de la Academia, sin mas títulos que mi constancia en restituir á su pureza primitiva las obras de don Francisco de Quevedo.

El jamas quiso apropiarse ajenas galas; él se mostró censor inflexible de los escritores mendigos que, hipócritas de estudios, piden á la envidia y al trabajo de otros espíritus vigorosos lo que la naturaleza y el arte negaron al suyo. ¿Cómo, á vivir hoy, dejaria de alzar su potente voz contra la que, de 100 años á esta parte, proclama hijos de su prodigiosa inventiva y de su entendimiento clarísimo los poemas de un ignorado vate del siglo XVI, despojando á su dueño de gloriosos laureles para darlos á quien no lo necesita? Séame lícito, señores, interpretar los deseos del moralista español; logre acercarme yo á este santuario del bien decir, no desamparado y solo, sino en compañía de uno de los mas excelentes dechados y maestros; y como no pueda traer conmigo cosa mas digna, permitidme que os presente á aquel por quien

Humíllense las cumbres del Parnaso  
Al divino Francisco de la Torre,  
Celebrado del mismo Garcilaso,  
A cuyo lado dignamente corre;

segun con mas gala que exactitud histórica allá cantó el Fénix de los ingenios.

Francisco de la Torre va á ser, pues, objeto de mi discurso. Y como todavía confundan su estilo con el del Señor de la Torre de Juan Abad célebres literatos, y como aun sostengan que este y aquel poeta no fueron sujetos distintos, sino una misma persona; y todavía no quieran reconocer en la diccion de entrambos diversa índole y caracteres que pregonan dos siglos muy diferentes; corte, señores, vuestro inapelable fallo la contienda, y en mi pequeñez quépame la gloria de estimularlos á ello. No se trata de una mera investigacion crítico-histórica solamente, agena al parecer de este sitio; enlázase á exquisitas cuestiones de lenguaje, el cual tiene tambien su historia, y es de vosotros fijarla. Pero ¿á qué me canso en justificar el tema que he elegido? ¿A qué auditorio dejaron de interesar pormenores secretos y curiosos de la vida íntima de un escritor insigne, y cuanto nos hace conocer al hombre, burlado siempre y quejoso de la fortuna?

Algunos entendimientos ligeros y aficionados á lo paradójico y peregrino afirman (no haberse compuesto las obras que se llaman de Francisco de la Torre casual y sucesivamente, segun los erráticos movimientos del corazon del poeta, sino con un deliberado propósito literario, á fe mia harto pueril y extravagante. Es, segun ellos, este ramillete de lozanas flores una travesura mas del ingenioso autor de *El Alguacil alguacilado*. Herida de muerte la hermosa habla castellana por la salvaje presuncion de los sectarios de Góngora, Quevedo quiso atajar el mal, dándoles en rostro con poesias nunca publicadas, antiguas y modernas, que fuesen modelos de claridad, elegancia y cultura. Encuentra, de los modernos, las de Fr. Luis de Leon; mas desgraciadamente ningunas del siglo XV capaces de competir con las de Garcilaso, y por ello se ve en el duro trance de fingirlas; bien que tomando muy sutiles precauciones para que en ningun tiempo se descubriese tamaña superchería. Pero ¿cómo al fin, señores académicos, se hizo manifiesta? ¿Cómo en una hora fué evidente lo que en mas de 120 años ni siquiera habia sospechado nadie? No hallando en tales rasgos líricos, ni en escritores coetáneos, datos de la vida del autor, de su patria, de su profesion, amigos y tiempo en que pudo florecer.

Hé aquí, junto con la absurda suposicion de ser unos mismos el gusto, inventiva y carácter de La Torre y Quevedo, la única prueba que ofrecen los mantenedores de tan inverosímil conjetura. Yo, sin embargo, descubro en estos versos todas esas importantísimas noticias biográficas, y su confirmacion en algun escritor antiguo y papeles de aquella era.

Ni un instante se detuvo Francisco de la Torre en declarararnos su patria; la dice en la primera página del libro, en la primera composicion, en la primera estrofa:

Vos, á quien la fortuna dulce espira,  
Titiro mio, la gloriosa llama  
Cantando, — vuestro Tajo y mi Jarama  
Pareis al son de vuestra hermosa lira.

Nació, pues, en un lugar de la ribera del Jarama; y esto, y el sobrenombre del inspirado cantor, desde luego eran indicios para suponerle de Torreaguna, donde vino á la luz del día el gran cardenal Jimenez de Cisneros, y donde yace el poeta Juan de Mena. De allí, segun costumbre de aquella edad, pudieron él ó sus mayores tomar apellido, como del pueblo de su naturaleza le tomaron el Ennio español Antonio de Lebrija, el autor de la *Propaladia*, tantas familias y no menos afamados escritores.

Y ¿por qué tiempo hubo de florecer para las musas nuestro ignorado vate? Por aquellos de guerreras hazañas que domaron en Africa, en el Rosellon, Flandes é Italia el fiero cuello de turcos, alemanes y franceses; en aquellas cuatro décadas que tienen principio al ser en Bolonia coronado emperador Carlos V por mano del pontífice, ostentan despues las gloriosas palmas de San Quintin, Gravelinas y el Peñon de la Gómera, y terminan con los inmarcesibles laureles de Lepanto. Llenaba entonces el nombre español toda la tierra, y entre el furioso estrépido de las armas nuestros capitanes la cubrian de alcázares y templos, admiracion de las futuras generaciones; las artes y las letras rivalizaban con el siglo de Octaviano; y al aparecer al otro lado del mar un nuevo mundo, el antiguo renacia con los bríos y alientos de su mayor grandeza. Pero ¿cosa extraña! Las musas niegan entonces su voz á los bélicos triunfos, y con la lira de Tibulo y Virgilio cantan el inocente sosiego de la vida campestre, recordando la envidiable felicidad de la Arcadia. Pastores, que no guerreros, se complace en fantasear Garcilaso; y Francisco de la Torre, soldado tambien y poeta, imagina con envidiable pincel los siglos de oro, quejoso de vivir en los de hierro; bien que no tuvieron aquellos dicha comparable á la de poseer la gentil criatura por quien el vate suspira:

Salve, sagrada edad; salve, dichoso  
Tiempo, no conocido  
Desde nuestro, alabado por glorioso,  
Pero no apetecido.  
Si la beldad idolatrada que amo,  
Como yo conocieras,  
La Arabia sacra, en flor, en bumo y ramo  
Ardiendo, le ofrecieras.  
Salve, sacra beldad, cuya divina  
Deidad hace dichosa  
Nuestra infamada era, en quien destina  
Cielo luz tan hermosa.

Ved aquí patente la gloriosa época de Carlos V y Felipe II, de los españoles admirada pero no apetecida; y ved cómo aun en este rasgo se descubre el apasionado pecho de La Torre: amar fué su destino, su ocupacion unica, su solo pensamiento.

Extremo de pasion y ternura, desde la primera niñez vióse cautivo en las redes de amor, poniendo los ojos y toda el alma en un soberano imposible de sin par nobleza y gallardía. La ilustre doncella era natural del mismo ú de no muy lejano pueblo del de La Torre, segun parece de las endechas que comienzan:

Fílis, rigurosa  
Sobre cuantas cria  
La ribera fria  
Del Jarama hermosa.

(Se continuará).



lente debe el comercio del mundo la fabricacion de los sombreros de bombonaxa.

Cuando un indio ha fabricado una docena de estos sombreros, y su familia ó sus socios tienen otros tantos para vender, se encamina hácia la morada del comerciante comprador á la caída de la tarde. Nada es mas singular que ver al indio receloso ocultando su mercancía bajo los pliegues de su ancho puncho de lana adelantándose hácia la casa del comprador, y quedándose luego inmóvil mirando la puerta en silencio. En cuanto el comerciante ha concluido de examinar un sombrero que le enseñó el indio, este pide un precio fabuloso, que es por lo comun el triple de lo que vale el producto;

después de muchas idas y venidas y muchas palabras, se decide á cerrar el trato, y entonces se pone á examinar con desconfianza la moneda que le entregan, y la frota mucho para asegurarse de que es de buena ley. Si los vendedores de sombreros son dos ó tres, el que ha vendido ya, da á los otros la suma recibida á fin de que todos examinen la moneda. Cuando el dinero les conviene, el primero saca de su inagotable puncho quince ó veinte sombreros uno tras otro, y para cada uno de ellos se repite la escena del exámen del dinero.

Fácilmente se comprenden las lentitudes que resultan de este modo de venta; es difícil comprar mas de veinte sombreros por día aun pagándolos á buen precio. Así para reunir dos mil sombreros que representan un

valor como de unos 40,000 pesos fuertes, es preciso contar tres ó cuatro meses de residencia en el Perú, esto sin hacernos cargo de otras dificultades. Sin embargo, á decir verdad, este comercio de sombreros es el mas seguro y el mas lucrativo de la comarca.

Todos los años se exportan de Moyobamba de quinientas á seiscientas arrobas de bombonaxa que representan un valor de 1,275 á 1,377 pesos, sea á la costa del Perú en el Pacífico, sea en el bajo Amazonas peruano. Esta exportacion debe producir diez ú once mil sombreros que después se trabajan en diferentes partes del globo y aun en Francia.

La provincia de Panamá produce mas que el Perú. Se calcula que salen anualmente de esa comarca de 60,000 á 80,000 sombreros, y fijándose por término medio el valor de cada sombrero en dos pesos, la exportacion representa de 120,000 á 160,000 pesos.

La mayor parte de esta mercancía va por las Cordilleras y baja á Lima, de donde se esparce por todo el mundo, y principalmente en las repúblicas españolas, el Brasil y las provincias meridionales. No obstante, desde hace tres años, esto es, desde la ejecucion del tratado concluido entre el Perú y el Brasil, este tránsito propende á hacerse por el Amazonas. En 1856 se exportaron hasta para unos 15,000 sombreros para marchar de allí al Brasil, á los Estados Unidos y á Francia.

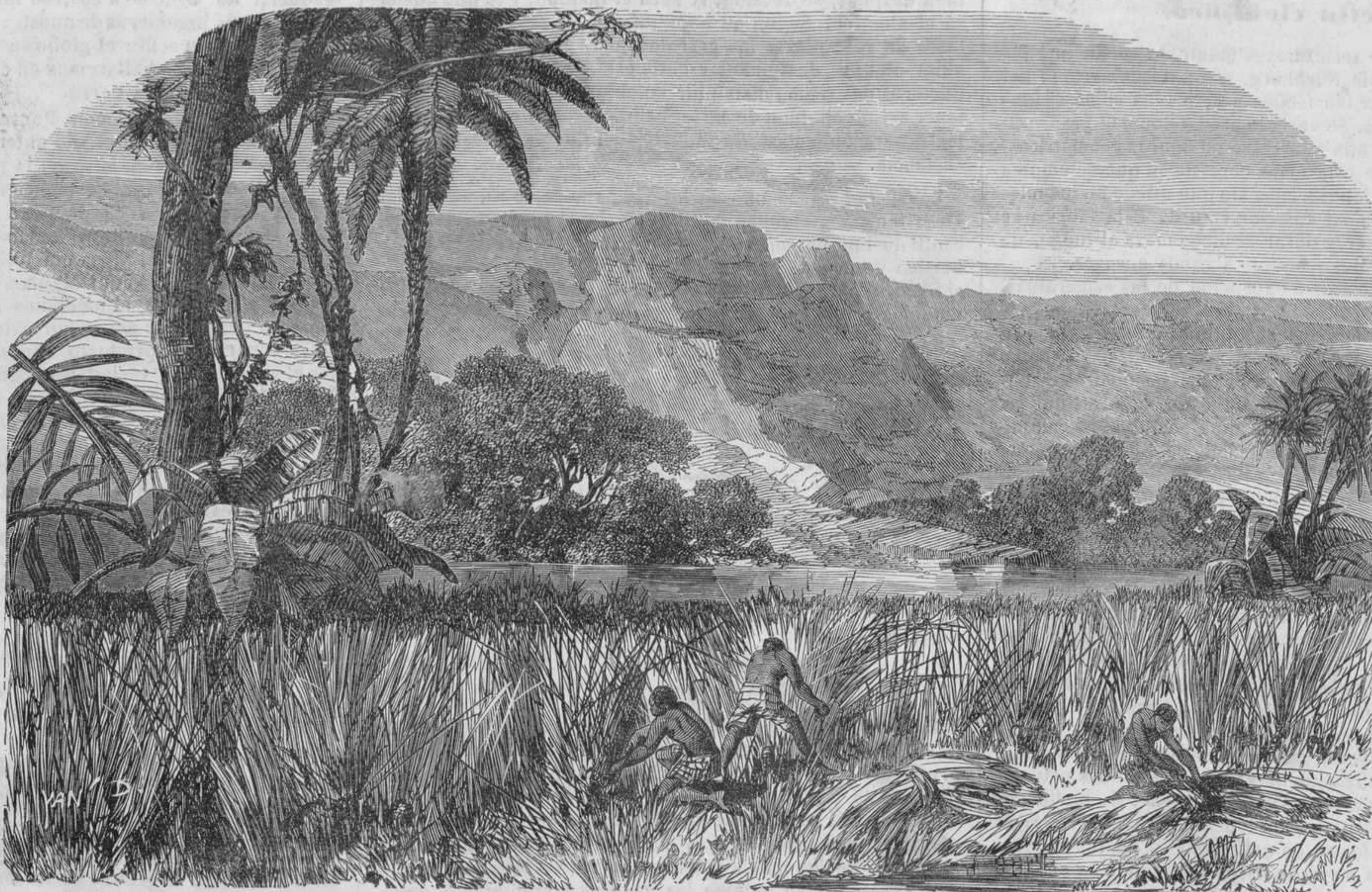
Hasta ahora el alto precio de los sombreros de Panamá habia impedido su importacion en Francia; pero en nuestros días el valor de cada uno ha bajado á cuatro pesos, y por consiguiente está al alcance de todos. Los panamás se distinguen de los demás sombreros, porque son de una sola pieza, porque están trabajados maravillosamente, y son de una flexibilidad extraordinaria. Se arrollan y se meten en el bolsillo sin que se estropeen. En

del ecuador, deterioran la paja del bombonaxa. Solo á la larga los estropea la humedad. Duran ocho veces mas que los de paja de Italia, y su transporte es fácil; se mandan en fardos plegados en cuatro y arrollados por docenas.

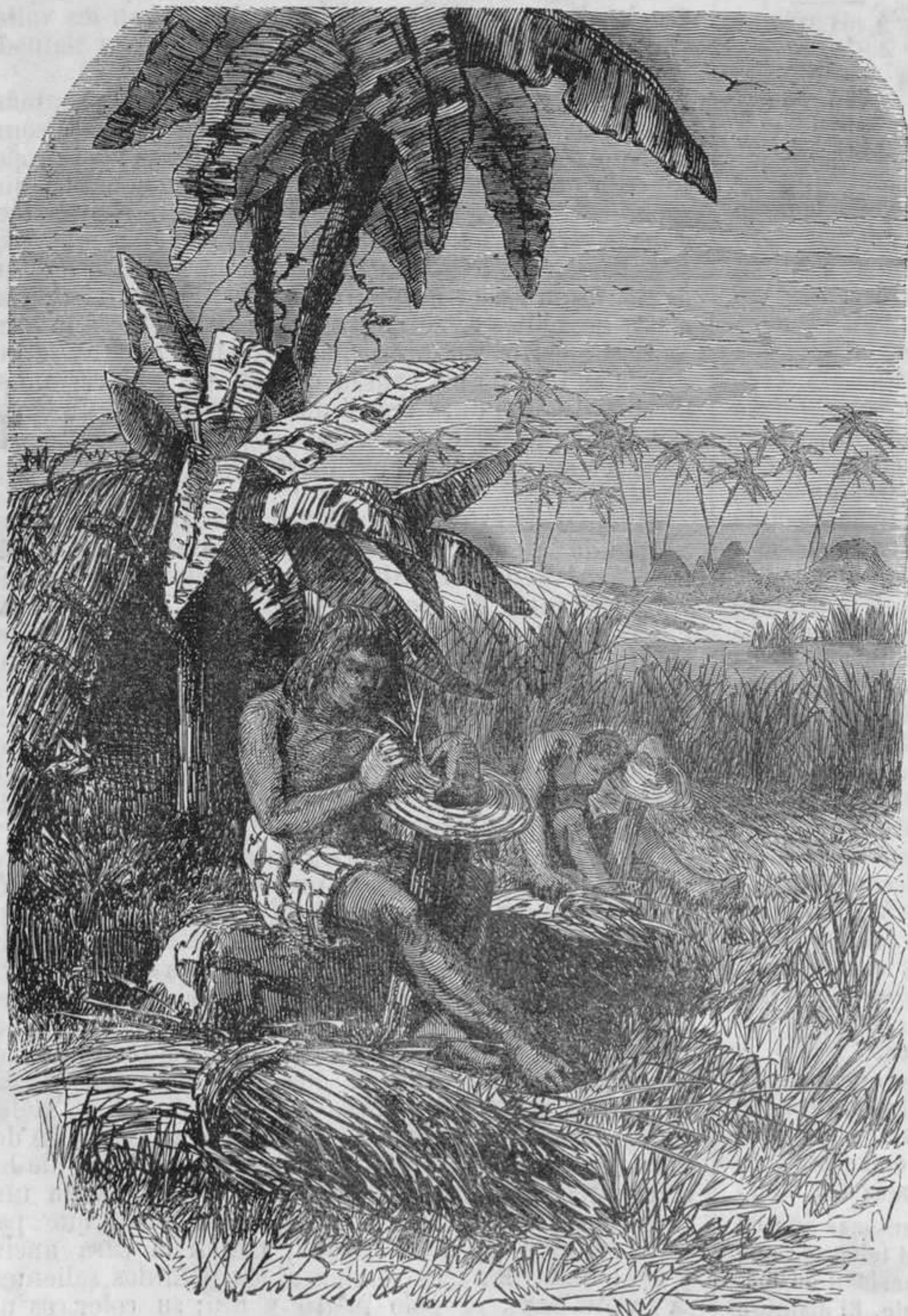
En una palabra, la industria de estos sombreros es la mas preciosa de la América del Sur, y quizás seria útil establecerla en la Argelia, en las Antillas y en la Guyana.

En Francia la importacion de los sombreros de paja panamá data de hace dos años. Los elegantes de París han tomado estos sombreros bajo su patrocinio, y ninguno de ellos saldría al campo sin llevar en la cabeza un fino panamá.

B. H. R.



Cosecha del bombonaxa, paja que sirve para la fabricacion de los jipijapas ó sombreros de Panamá.



Indios tejendo sombreros de Panamá.



Indios de Moyobamba vendiendo sombreros.